



DEL CAMPO CONTRARIO

ANECDOTAS

De la vida mundana, escritas para las colegialas de la Paz, por Atenógenes Segale.

(CONTINUA.)

XI

El Dr. Gal, médico de las recoletas de A. . . se desesperaba con las enfermedades de Sor Angélica. Era el Dr. Gal un hombre muy correcto, á quien las monjas tenían por muy virtuoso y rezandero, y que en el fondo pertenecía enterito á la escuela Positiva. Era estudioso constante de esos fenómenos asombrosos que hoy comienza á clasificar la moderna sabiduría y que le parecen los primeros rudimentos de una ciencia nueva y futura, los del *hipnotismo*. Así es que cuando las monjas vieron los primeros éxtasis y arrobos de Angélica y, poco expertas en tales casos, que no se habían presentado en muchos años, creyéndola enferma, llamaron al médico, éste al verla sonrió satisfecho. Le tocaba oportunidad de analizar prácticamente aquellas rarezas de la mística, que él tomaba á pie juntillas por efectos de la hipnosis, é iba á explicarlas científicamente y satisfactoriamente. Tal se propuso. Pero, ¡oh desventura! lo que á la monja sucedía no era lo mismo que él había observado en tantos experimentos con los enfermos del hospital.

A veces Angélica se iba desmayando paulatinamente y con suma suavidad, como si cayese desfallecida de amor sobre sostenes de rosas y puntales de manzanas á la manera de la Esposa del cántico, hasta quedar privada del uso de los sentidos. Era que al amor, que su voluntad sentía por aquél bien que en el entendimiento se retrataba clarísimo, recogía el alma poco á poco todas sus fuerzas para entregarse al acto de amor y abandonaba los sentidos. Allí estaba el éxtasis perfectamente definido. Pero el Dr. Gal se decía: es la primer faz de la hipnosis, el letargo, esperemos; y las otras faces no venían, sino que conti-

nuaba el mismo plácido sueño. Gal la recataba á la paciente posición horizontal, aire fresco, aspersiones frías, fricciones secas, amoniaco, éter acético, nitrito de amilo, y, nada, que el éxtasis duraba hasta que Dios quería, y tornaba despues lo mismo. El médico recurrió á los medios sugestivos que hay para romper el sueño de los hipnotizados, y como si tal cosa. En varias ocasiones que estaba ella en sí, quiso hipnotizarla; la monja sonriendo le decía que era imposible, y él la hizo fijar la vista en un objeto muy reluciente, puso en juego los pases y demás, y la monja seguía espabilada y risueña. En suma, que era del todo refractaria al dichoso sueño.

Cuando Angélica caía en el raptó, cuando violentamente el Amor apagaba los fuegos de los sentidos externos é internos para encerrarse en la morada de su castillo y el alma perdía hasta la conciencia de si estaba en el cuerpo ó fuera de él; el cuerpo caía como herido de rayo, suspendíase la respiración, el circular de la sangre y los latidos del pecho. Gal la observaba, punzábala con agujas ó la quemaba con cerillas sin que ella diese señal alguna de vida.—Aquí está la catalepsia perfecta—exclamaba para sí el médico.—Pero ¿la hipnosis suprema, el sonambulismo? Y la mandaba con grande imperio hablar, mover los brazos, sentir dolores, y Angélica como un tronco. La ordenaba también que se hurtara bagatelas, y otros mil disparates para despues que despertase. Y ella vuelta del raptó abría los ojos asombrada, incorporábase, sonreía con dulzura, saludaba cortésmente al médico y no hacía nada, mientras Gal se estiraba los rizados cabellos con disimulo. No, aquello no era los sueños y clarividencias y sugestiones del hospital llevados á cabo con tanta limpie-

za, con tan buen éxito. Además ¿cómo se explicaban aquellas luces con que florecía su cuerpo á la hora de algunos raptos? Y ¡aquellas elevaciones del suelo desobedeciendo á la inviolable ley de la gravedad, como si se revelase la existencia del espíritu, cuyas fuerzas superan en mucho á las materiales? Y ¿todo lo que sabía la monja, ideas muy altas, filosofías de muchos quilates, superiores á su instrucción, á su esfera y á toda sugestión posible, donde lo había aprendido, en aquellos desmayos? Allí había algo *irreductible*, como decía en su jerga el bueno del Dr. Gal.

Entre tanto Angélica seguía caminando por las ocultas veredas de la oración infusa en busca del sumo Bien, ágil y experta como se desliza la corza en las noches de plenilunio por las quiebras de la montaña á buscar el manantial. Seguía cayendo bajo el sueño del éxtasis, y cuando Gal ensayaba despertarla, surgía el Amado conjurando á las criaturas que dejaran reposar á la escogida; y clamaba junto á ella: Vete, cierzo frío y ven, tú ábrego tibio y perfumado.

XII

El Verbo, hijo de Dios, que Juan vió salir del cielo, vencedor para vencer, laureado de gloria, asestó el dardo encendido, que en su mano trae, al corazón de Angélica. Al toque y penetración del agudo fuego levantáronse trocados en humo los últimos defectos terrenales de la doncella y quedó traspasada de la más dulce herida, que el amor causar puede; herida generosa por la cual espiraba el corazón alientos de vida. Dios, que es fuego consumidor, allegóse despues á su espíritu y labró en él perenne llaga, de la cual extendíase por todo su ser un ardor que conforta y ue regala, ardor infinito que eleva y deifica,

volviendo toda la humana substancia en lumbré de aquella tomada del altar que purificó los labios de Isaías. Y venía de vez en vez el Espíritu Santo á retocar la dulce llaga con el cauterio divino para sanarla avivándola y Sor Angélica vivía en la nueva vida, que reparte el jugo á los sarmientos.

En el alma de Angélica sonaba eterno coloquio de amor celeste y suprasensible. El Amado decía: Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles. Pasó el invierno, se fueron las lluvias y nublados, despuntan las flores en nuestro suelo y se oye arrullar la tórtola en la arboleda. El alma de Angélica respondía: Mi Amado es para mí y yo para mi Amado, que se apace entre azucenas. Eres hermoso como el manzano entre los árboles, manojito de mirra para mi pecho, racimo de juncía olorosa cogido en las viñas de Engaddí.—Lirio criado entre zarzas—modulaba el Esposo—torre de David adornada de trofeos, cuyas almenas doró el sol con su primer rayo al amanecer y besa con su luz última en la tarde, huerto bardado, pozo cubierto, gruta con olor de agua que en ella mana, hermana mía, tus renuevos forman un vergel de granados.—Oro de Tibar son tus cabellos—clamaba la esposa—fuentes de agua viva tus ojos, arroyuelos de púrpura en canales de nieve hacen tu color, tus manos parecen alabastro bruñido colmadas de jacintos, tu estatura como el Líbano, tu aliento como los efluvios aromáticos de las hierbas silvestres, dulcísimo el eco de tu voz.—Proseguía el Altísimo: Me he mirado en tus ojos, grandes, llenos de resplandor y viveza como los de las palomas tripolinas. Amiga, te asemejas á mi carroza de batalla; vente, ven de las cumbres de Sanir y de Hermón, guaridas de leones, infestadas de leopardos.—Vente.—La esposa suplicaba: levántame en tus alas como de águila, llévame en tu ardiente carro; ven por mí, ligero como los gamitos de Bether.—Y las criaturas como resonando los ecos del santo epitalamio en la inmensa cítara del universo, cuyas cuerdas vibran bajo los dedos del Amado, cantaban en coro: Belleza increada, gérmen de todo amor, que florece en la creación, sello de oro que nos ha marcado al principio ¿dónde te encontraremos?

XIII

Lina de Echeveste, Sor Angélica, varita de humo formada de perfumes de mirra é incienso, que subiste del páramo, azucena de tallo tan alto como una pica guerrera y coronada de granos de oro, princesa que avanzaste gallarda pisando graciosa con cáligas reales, tu historia será gota de rocío en la corola marchita de este libro, tu corazón, generoso como zumo de uvas en vaso de oro, no debía aparecer entre los ruines seres pintados en estas páginas; los rasgos de tu vida, aquí esbozados, son luz que sirve para que mejor se destaquen las sombras nocturnas del campo contrario.

EL ENCUENTRO.

CONCHA se encaminó en su coche muy temprano á la casa de las Recoletas de A. . . . Vestida de negro y con una boneta de tereopelo y abalorio sobre sus rebeldes cabellos rubios no parecía la de ántes. Iba agitada como una chiquilla por esa inquieta timidez que padecen las gentes mundanas cuando tienen que pedir algún favor á las buenas gentes de iglesia. Más de una vez se había preguntado: pero ¿qué voy á decirle?—y estuvo á punto de gritarle al cochero: ¡vuelta á casa! Pero ella misma se respondía: voy á desahogarme, á pedirle consuelo, á rogarla que le pida mucho á Dios por mí. Llegaron, bajó del carruaje sin saber qué hacía, llamó con la aldaba, laténdole violentamente el corazón. Abrióse el zaguán y penetró á aquella santa mansión que respiraba recogimiento y tranquilidad. La hicieron esperar en el mismo locutorio de los muebles de cerda y de las múltiples estatuas del niño Jesús. No sabía qué hacerse en aquellos minutos de espera.

Al fin sus ojos inquietos se fijaron en un objeto que por la puerta mal cerrada se alcanzaba á descubrir en el patio, un lagnito artificial que encerrado en sus márgenes de follaje y herido por el sol parecía diamante en cerco de esmeraldas. Ese objeto y su brillo, que de hito en hito miraba, como niño que se complace en que lo deslumbrase un resplandor, le simbolizaba algo como halagueñas esperanzas.

La monja entró cubierta con el velo. Concha se puso en pie.—Buenos días, señora,—dijo con naturalidad Sor Angélica.

—¿No me conoce. . . . me conoces?—tartamudeó Concha.

—No tengo presente su fisonomía; será porque el velo. . . .

—Soy María de la Concepción Echeveste—exclamó ésta lívida como un muerto y con la boca enteramente seca.

Angélica se levantó el velo y apareció su rostro trasparente como de cera y sus ojos que radiaban como dos luceros en la ceja de una nubé. Y dijo sin transportes: ¡Bendito sea Dios! hermana mía, que has venido.

La muchacha se echó sin darse cuenta, convulsa y sollozando en brazos de la monja. Lo que entre las dos pasó, lo que se dijeron, no lo sé referir, no puedo tanto.

Una hora despues salió la pecadora con los ojos enrojecidos. A los ocho días entró á hacer los ejercicios de San Ignacio, y actualmente vive con cierta piedad muy mediocre, sin dejar del todo sus exquisitas comodidades y elegancia, lo cual me hace creer que su conversión no fué tan abnegada como fuera de desearse. En la sociedad no la reciben, pero sí en los templos y ahí quiere ser dominante. Ve con particular predilección á cierta estatua de Ntra. Señora, que tiene en casa, que dizque se llama la *Virgen del combate* y que más parece Amazona Merovingia que Reina purísima de los cielos. Y procura tener por confesor algún sacerdote afamado y sentarse en lugar notable en las iglesias. Sin embargo, tiene Concha sus horas en que se siente desolada y en que el iris de la esperanza parece extinguirse entre las nieblas de su conciencia. Horas en que se halla como abandonada de Dios. Horas, que en el tiempo de expiación suelen tener los pecadores, y que son como un remedo de aquellos instantes terriblemente sublimes, que por nosotros y por nuestras culpas padeció Cristo en la cruz, cuando sumergido su cuerpo en las tinieblas del Gólgota y su alma en las negruras del castigo divino, sintióse como abandonado de su excelso Padre. De esas horas suele tener Concha cuando se engolfa en los recuerdos de su pasado.

(Continuará.)

ESTHER.

Tragedia bíblica en tres actos, escrita en verso francés por J. Racine. Traducida al castellano, por "Fidelior," para EL TIEMPO.

(CONTINUA.)

AMAN.

Yo sé que de esa sangre descendido
De esa sangre infeliz, un odio eterno
Debió armarme en su contra, ya que en odio
De Amalec, en sus iras, confundieron
En esa atroz y cruel carnicería
Hasta viles rebaños, sólo un resto
De nuestra raza, ¡resto deplorable!
Pero creedme, en el rango en que me veo
Serena mi alma á su grandeza fija,
De raza apenas el interés advierto.
Culpable es Mardoqueo, sólo eso basta
Y contra él el espíritu de Assuero
Dispongo con lo falso y la calumnia,
Tomando de ésta los colores negros;
Intereso su gloria y por su vida
Lo hago temblar, pintando, lisonjero
A la Nación judía que se levanta
Sediciosa, opulenta y con inmenso
Poder, y á su Dios mismo, cual contrario
De los dioses, amparo de este reino.
"¿Y hasta cuándo sufriréis, concluyo,

Que respire ¡oh! gran Rey! aquece pueblo
Y de un culto profano á nuestros dioses
Infecte lentamente vuestro imperio?
Extranjeros en Persia, á nuestras leyes
Son los judíos, en su obstinacia, opuestos,
De la familia humana divididos
Parecen, su rencor y sus recelos
Vienen de que doquiera son odiosos;
Prevenid, castigad, tales esfuerzos
Insolentes. Quitadles sus riquezas
Que el tesoro acrecienten del imperio."
Así hablo y se me cree, desde aquella hora
Pone en mis manos del poder el sello
El monarca, y me dice agradecido:
"Guarda la vida de tu rey Assuero,
Pierde á esos infelices, sus tesoros
El premio sean de tu leal afecto,"
Y de esta suerte condenada queda
La Nación de Israel y así completo
Con el monarca el día de la venganza
De la deseada muerte en mi deseo.
Mas mucho tarda á mi querer ansioso
Y arder mi sangre con delirio sienta,
No sé qué turbación mata mi gozo.
¿Por qué faltan diez días para mi anhelo?

HYDASPO.

¿Y no podéis más pronto exterminarlos
Con una orden tan sólo, un real decreto
Diciendo al rey que á vos los abandone?

AMAN.

Esperando el instante, á eso vengo
Que sea propicio á mi querer: conoces
Cual yo del príncipe el furor extremo
Y sabes cuán terrible en sus transportes
Súbitos, el trastorna nuestro intento:
¿Pero á qué atormentarme inútilmente?
El como yo, desprecia á Mardoqueo.

HYDASPO.

Entonces, ¿qué esperais? Id y el patíbulo
De su muerte infamante erigid presto.

AMAN.

Oigo ruido y me voy, si el rey me llama. . .

HYDASPO.

Basta, salid, que llegan; os comprendo.

ESCENA SEGUNDA.

Assuero, Hydaspó, Asaph, corte de Assuero.

ASSUERO.

¿De esta manera, sin el fiel aviso
Dos traidores por tanto
A su rey matarian, ¡cielos, qué espanto!
Dentro su misma habitación y lecho?
Idos; pero es preciso
Que sólo Asaph se quede y me acompañe.

(Continuará.)

LEYENDAS

Y

Tradiciones queretanas

POR ALTER.

LXIII

LOS POLCOS.

PRECISAMENTE el año de 50, los jóvenes de la nata y flor de esta ciudad, organizaron un cuerpo de milicianos voluntarios de las tres armas, titulado "Guardia nacional," siendo el coronel, el mismo Sr. Gobernador D. Ramon Samaniego. A este cuerpo se le dió el nombre de "Los Polcos."

Estos hacían ejercicio por lo regular cada ocho días en el parque de la Alameda, dirigidos por el coronel D. Juan Arroyo, antiguo militar.

Al ingresar cualquiera, debía hacer los gastos de su vestuario; de aquí que como todos eran jóvenes acomodados, y los más en la época efervescente de las pasiones, se mandaban hacer unos uniformes por demás elegantes, propios para lucir en la corte del Czar.

Lástima que todo ello no haya sido más que farsa; pues de lo que se trataba era de lucir el uniforme y nada más; porque eso sí, en las formaciones eran muy exactos.

El día que con ocasión de recibir la orden de Guadalupe en el templo de la Congregación tres personas de la alta sociedad, se

reunieron en este lugar sin faltar uno solo y á quien más elegante, peinado y perfumado.

De este trato tan opuesto al trato que acostumbra darse al militar, resultó una crítica atroz, refiriendo mil y tantas anécdotas, unas reales y las más inventadas por el público, censor de todo.

De á luego ya no se les decía "Polcos" sino "Los soldados de mamá."

Algunos al ir al ejercicio llevaban su mozo que les llevara el fusil, porque pesaba mucho y ampollaba las manos.

Sólo dos veces llegaron á salir de esta ciudad, y eso por necesidad. La primera fué con motivo de acompañar á los gobernantes que fueron al Pueblito á la visita; y la segunda, con ocasion de dar gracias públicas á María Santísima del Pueblito por haber cesado la terrible peste del cólera, y en cuyo acto se llevó la Santísima Señora hasta su santuario en su elegantísimo carro triunfal, haciéndole guardia el cuerpo de Polcos.

Se cuenta que en la primera de estas ocasiones, apénas iban por la hacienda de "El Jacal" (distante unos tres kilómetros) cuando encontrando algun conocido le recomendaban no dejase de ir á casa y decir á mamá que todavía iban sin novedad.

Este cuerpo se formó siguiendo el ejemplo de los jóvenes de la Capital, que así lo hicieron el año de 47 bajo el mando y direccion del General D. Matías Peña y Barragan y de los cuales tambien se refieren muchas anécdotas, por ejemplo: que alquilaban coche para llevar el fusil: que se ponían guantes porque las llaves del fusil lastimaban, que usa banlentes por el polvo, etc., etc. Estos se disgustaron porque se les dió orden de salir de México á batirse con los Norteamericanos que estaban por tomar la plaza de Veracruz; y de aquí nació el título de esa revolucion que se llamó de los Polcos, y la cual sostuvieron en la Capital desde el 26 de Febrero al 21 de Marzo, fecha en que entró el Dictador Santa-Anna.

En los momentos en que se suspendían los fuegos en las calles, andaba el pueblo voceando muchas composiciones humorísticas y picosas censurando la conducta observada por los Polcos.

Tanto estos Polcos de que vengo hablando, como los de aquí, terminaron como decía un crítico, tan luego como concluyeron sus vestidos; con la ventaja, que los de México siquiera llegaron á oler la pólvora; pero los de aquí, no pasaron de la banquetta.

En la época que gobernó el Estado el Gral. Rafael Olvera, volvió á organizarse, compuesto de estudiantes, un cuerpo que se titulaba "Guardia nacional" á ejemplo tambien de los estudiantes de la Capital; pero creo no llegó á formalizarse, no obstante que se llegó á asegurar que el Gobernador había pedido ya el armamento.

Los Polcos terminaron luego, porque carecían de lo principal, [aunque lo demás lo tenían y sobrado,] esto es, el espíritu verdaderamente militar.

AL MAR.

ODA... O LO QUE SALGA.

Pues, señor, es preciso, indispensable, escribir algo serio, algo notable.

Esos versos festivos y ligeros, sin importancia, insustanciales, hueros, son baldon de la dulce poesía.

¡Habrás que *comprimirse*, caballeros!

¡Nada de ligerezas! ¡Tontería!

Aquí se necesita—está probado—

en vez de ser ligero, ser pesado.

Lo he decidido ya. Nada me inquieta.

Mi inspiracion á chorros se desata...

¡Hoy me siento poeta!

No sé si acaso meteré la pata;

posible es que la meta;

pero, en fin, por probarlo que no quede.

Ya veremos después lo que sucede.

Aquí para brillar y darse tono es preciso entonarse, y yo me entono.

¡Oh mar! ¡Soberbio mar! Sobre la espuma de tus rugientes olas, que el embate sufren inmóviles de la densa bruma...."

Ya se me fué la pluma

y acabo de decir un disparate.

Esto no vale nada.

Volvamos á empezar. Es lo prudente.

¡Ven en mi ayuda, inspiracion sagrada!....

Ya la siento venir.... Ya arde mi frente....

Lo que es ahora si que ya no dudo.

¡Oh mar! ¡Soberbio mar! ¡Oh mar hirviente!

¡Oh proceloso mar! ¡Yo te saludo!"

Así, perfectamente.

Me ha salido muy bien, ¡pues ya lo creo!

Ya sé que al mar le tiene sin cuidado

que le salude ó no, pero deseo

que vea el mar que estoy bien educado.

No quita lo cortés á lo inspirado

¡Yo te saludo, oh mar! ¡Y no te temo!...."

"No te te...." No está bien en poesía

cometer tan atroz cacofonía.

Conocer los defectos ya es bastante.

Borraremos el verso, y adelante.

"No con temor, con amoroso anhelo,

veo ¡oh mar! que se elevan orgullosas

hasta tocar en el azul del cielo

tus ingentes montañas espumosas...."

El adjetivo *ingentes*,

por no estar al alcance de las gentes,

es aquí de un efecto extraordinario.

Las palabras vulgares y corrientes

no son en estas odas convenientes.

¡Para algo ha de servir el diccionario!

"Humilla tu altivez ¡oh mar! que inmolas

con loco orgullo tu pasion vencida...."

Estos dos versos, aunque algunos crean

que son dos ripios.... puede que lo sean.

"Humilla tu altivez, ¡oh mar! que inmolas

con loco orgullo tu pasion vencida:

que al morir en la playa son tus olas

imágen verdadera de la vida,"

Me gusta este cuarteto. Es muy bonito.

¡Qué hay dos ripios decís? ¡Pues no los quito!

Bien disculpa los ripios—¡poca cosa!—

el decir una idea tan hermosa.

Yo, la verdad, con nadie apostaría

á que la idea es mía;

mas sea de quien sea,

la originalidad en poesía

está en el modo de expresar la idea.

Sobre estas dudas, pues, hagamos punto

y vayamos al fondo del asunto.

"Guardas ¡oh mar! en tu profundo seno,

como guarda el avaro su tesoro,

revueltos en el cieno,

perlas, corales y lingotes de oro...."

¡Qué atrocidad! No sé lo que me digo.

¡Oro en lingotes en el mar profundo!

Puede ser que lo encuentren junto á Vigo,

del cargamento aquel del Nuevo Mundo;

en otra parte, no!.... ¡La dulce lira

me ha obligado á decir una mentira!

[Mentira disculpable en un poeta,

pues mienten todos más que la GACETA.]

"Guardas ¡oh mar! en tu profundo...." ¡Buena!

Que guarde lo que quiera. No respondo

de no decir alguna tontería.

"De tu insondable abismo en lo más hondo;

de tus frías entrañas en el centro,

guardas, ¡oh mar!...." Quisiera decir algo,

y, nada, no lo encuentro.

Me he metido en el fondo y ya no salgo.

Media hora hace ya que me chapuzo.

Yo no soy un poeta, ¡soy un buzo!

¡Vaya el mar al demonio! Estoy cansado.

No sirvo para el caso, ya lo veo.

Con tanto "¡oh mar! ¡oh mar!" como he soltado

estoy completamente mareado.

Cuelgo la lira, y vóyme de paseo

á ver si se me quita este mareo....

VITAL AZA.

FUENTES INAGOTABLES.

De los ojos que lloran

tristes pesares,

¡cuáles vierten más lágrimas?

—Los de una madre;
los de una madre,
que son ¡ay Dios! dos fuentes
inagotables.

COLERA Y DULZURA.

HACE algunos años que un rico fabricante de alhajas, en Francia, ocupaba como tenedor de libros á un joven de ilustre familia. Había éste recibido la educacion correspondiente á su clase; pero en dos ó tres años de ociosidad y tristes aventuras, malgastó todo su patrimonio. Descendiendo al último grado de miseria, por fortuna se le ofreció una colocacion en el establecimiento en que vivía. La aceptó gustoso y la desempeñaba con gran inteligencia y destreza.

Un día, en el bufete de su patron, á solas con él, ocurrió una discusion filosófica. El comerciante no era fuerte en la dialéctica, y el joven, que sabía de memoria á Voltaire y Rousseau, le presentó argumentos que aquel no sabía contestar. Creyendo haberle reducido al silencio, el indiscreto joven concluyó: "Sólo los hipócritas y los tontos creen en Dios; por lo que á mí toca, hace tiempo que he echado á las espaldas todas las supersticiones."

A esta inesperada conclusion, exasperado el comerciante, tanto por la humillacion que en la discusion había recibido de su dependiente, cuanto por el horror que aquella declaracion le inspiraba, prorrumpió en violentas injurias contra la serpiente, decía él, que había alimentado en su seno, y le despidió ásperamente, intimándole se retirara esa misma tarde de su establecimiento.

A este estado habían llegado las cosas, cuando una persona entra en el almacén.

Era el obispo de la diócesis que iba á comprar un cáliz de plata para una pobre parroquia. El comerciante, vivamente impresionado con la escena que acababa de tener lugar, apénas podía balbucear palabra. Interesado el obispo en conocer la causa, éste le refirió todo el altercado y repitió al dependiente la orden de salir al instante.

El obispo lo detuvo.

—Esperad, señor, le dijo con dulce autoridad.

En seguida, dirigiéndose al poderoso comerciante, continuó: "¿Cómo podéis, amigo mío, tratar de esa suerte á un hombre á quien no tenéis otra cosa que reprocharle que su falta de fé? ¿Qué idea queréis que tenga de nuestra religion este pobre extraviado, si se la manifestáis como una religion de odio y de venganza? ¡Cómo! ¡Vos reconocéis su ceguera y lo arrojáis al laberinto del mundo! ¡Le veis al borde de un abismo y le compuáis sin piedad!—Pero Ilmo. Sr., advertid que se ha gloriado de ser ateo!—¡Y bien!.... porque niega á Dios un desgraciado, ¿creeis acaso que Dios deje de ser la Providencia universal? Yo seré más indulgente que vos, tengo en cesidad de un secretario, y si este caballero está dispuesto á llenar tales funciones.... ¿Qué sueldo le dais?—Dos mil francos, casa y comida, Excelencia.—Yo le ofrezco igual cosa.—¡Oh, Ilmo. Señor! exclamó el joven tierna y profundamente conmovido; os agradezco tanta bondad. Estoy dispuesto á servir.—¿Aceptáis mi propuesta?—Disponed de mí; estoy á vuestras órdenes.

Diez y ocho meses estuvo el joven sirviendo de secretario al Obispo. Jamás se le preguntó cuáles eran sus principios. Leía los libros de su agrado, ib á donde quería, tenía completa libertad de accion. Pero gracias al ejemplo de virtud, de caridad y abnegacion que tenía á los ojos, el corazón del joven se convirtió á la fé; quiso seguir las huellas de su modelo y entró en un seminario, precisamente á los dos años justos de haber sido despedido por el rico comerciante.

Al presente, el antiguo tenedor de libros, el ex-secretario del Obispo es el Vicario del

mismo prelado, que reconoce la sabiduría del proverbio de los Vicentes de Paul, Franciscos de Sales y Juanes Bosco: "Más moscas se cogen en una onza de miel que en un tonel de vinagre."

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

XLVIII

A LA SEÑORA AURELIA SOTO DE BONILLA,

Después de leer su poesía

«DE LA LUZ A LA SOMBRA.»

*Y de aquel tan poético paisaje
Sólo quedaban miserables ruinas.
Los árboles sin savia y sin ramaje,
Los rosales nomás con sus espinas.
[La poetisa antes citada.]*

Sólo Tú permaneces inmutable,
Sublime Sér, tu aliento no decrece,
Como el hombre de vida deleznable,
Que nace entre dolores, y perece.

¿Quién cómo Tú que miras lo creado
Pasar como las ráfagas del viento,
Desde el insecto tierno y delicado,
Hasta el astro que alumbró el firmamento?

¿No viste de Alejandro la alta gloria
Extinguirse fugaz? Y al poderoso
César, ¿no miraste dejar sólo memoria
De un reinado magnífico y glorioso?

Y aquel hombre, Señor, terror del mundo,
El Gran Napoleon, á cuya planta
Se prosternó la tierra en un segundo,
¿No dejó en una tumba gloria tanta?

Poder, ardiente amor, gloria, riqueza;
Todo como la niebla en la mañana
Pasa con espantosa ligereza,
Para perderse en la extensión lejana.

Aurelia, tú que viste los fulgores
De una existencia grata y soñadora,
Y miraste cambiarse en mil dolores
Las flores de tu dicha seductora.

Dirige una mirada por la tierra
Y verás del Oriente hasta el Ocaso,
Que todo, llanto y destrucción encierra,
Que todo cede de la muerte al paso.

¿No has visto cómo mustia y sin esencia
Se inclina la violeta pudorosa,
Después de que en su efímera existencia
Rivalizó con la gallarda rosa?

No ménos de la aurora los celajes
Desparecen muriendo en lontananza,
Y perecen también en los boscajes
Los robles con su atlética pujanza.

¿Por qué buscar la dicha en este suelo,
Cuando el alma dirige hácia la altura
Su irresistible y poderoso vuelo,
En pos de la deífica hermosura?

¿Busca ansioso tu espíritu gigante
Del amor los halagos seductores?
No hay amor más hermoso y más constante
Que el de Dios: *es amor de los amores.*

Cuanto más en el mundo sufre el alma,
Poniendo la confianza entre sus brazos,
Es más grata la paz, la dulce calma;
Y más puros y suaves son sus lazos.

No el amor de un esposo idolatrado
Podrá hacerte feliz; que no hay delicias
Cuando faltan al gozo descuidado
Del aliento divino las caricias.

Lucha es la vida, la existencia breve;
Lucha, pues, que la palma del martirio
Es más grande y más bella que la leve
Corona entretejida con el lirio.

XLIX

A UNA ARTISTA ESPAÑOLA.

Huyen las nieblas hacia el Poniente,
Mientras la aurora, roto el capuz,
Tiñe de oro y grana el Oriente;
Todo es hermoso, todo esplendente;
Despierta el día, nace la luz.

Entonces su ala tenue despliega

El aura leve, y de flor en flor
Ligera corre y alegre juega,
Besando el broche que amante entrega
La rica esencia de tierno amor.

Entre el ramaje del alto pino
Modula el mirlo dulce cantar;
Ave parlera que su camino
Cruza, llevando en su bello trino
De los amores el suspirar.

Allá se aleja la fiébil ola
Que ostenta el fleco del arrebol:
Miradla, cómo fulgente aureola
Cuando su espuma blanca arrebola
La luz brillante del rubio sol.

Entre las sombras de la existencia,
Como en el páramo del dolor;
En los desiertos de la inclemencia,
Y en el océano que con violencia
Azota el mundo desolador,

Eres el alba sonriente y pura,
Brisa que vuela en el florestal;
Gárrula ave de la espesura,
Onda que vaga en la vasta anchura,
Al tibio soplo de aura estival.

¿Tu voz graciosa robó el acento
Con que suspira el euro de Abril?
¿Besos de perlas que mueve el viento?
¿Suaves murmurios, ó el fresco aliento
De los remansos de tu Genil?

Algo sublime tu pecho encierra,
Algo divino tiene tu voz;
Porque si vibra, miro la tierra
Los duros cardos de llanto y guerra
En bellas flores trocar veloz.

Jilguero errante, tu canto hienda
De un polo al otro la inmensidad,
Y el fuego ardiente de tu alma encienda
Los corazones donde descienda,
Dejando eterna felicidad.

Hoy que tu paso triunfal detienes
Por un momento, y en hibleo eden
Nuestros eriales cambiando vienes,
Ornar quisiera tus niveas sienas
Con la guirnalda del parabien.

Tal vez mañana, cuando la gloria
Tu nombre grave con el cincel,
El regio incienso de la victoria
Irá borrando de tu memoria,
De mi homenaje el recuerdo fiel.

No importa, artista, gustoso quiero
Leer al genio; mi corazón
Ansía vehemente ser el primero
En dar un culto grande y sincero
De tus cantares al grato son.

Salud, artista, gloria á tu nombre,
Doquiera el suelo que huelle el pie
De gayas flores el mundo alfombró;
Rosa de Iberia, te dé el renombre,
Con sus laureles, amor y fé.

(Continuará.)

EL ILMO. SR. DR. D. FR.

Bartolomé García de Escañuela,

Septimo Obispo de Durango.

EN la Biblioteca Mexicana del Sr. Eguiara he podido saber algo del origen y primeras ocupaciones de este Prelado; dice que era español, ignoraba en que lugar naciera, abrazó el instituto franciscano en la Provincia de Granada, (1) ameritado Lector, tan estimado que Fr. Alfonso de Salinazes, (2) Ministro general de toda la familia seráfica, quiso que fuese uno de los ocho doctísimos religio-

(1) Tengo presunción que fué en el de la estrecha observancia ó como llamamos dieguino, llamado de San Pablo.

(2) Electo en Roma en 1664.

sos que eligió para censurar los escritos de la V. Madre María de Jesus de Agreda, antes de publicarse según el testimonio del P. Ecija, capuchino. Fué nombrado por el rey Predicador, (3) su Consejero y después Obispo de Puerto Rico.

Casi esto mismo nos relata Beristain. Nuestro sapientísimo Doctor Arrillaga en la «Defensa de la Mística Ciudad de Dios de la V. Madre Sor María de Jesus Agreda, México 1844, al tratar de los exámenes de los escritos de esta célebre monja dice, que el tercero» lo practicó fray Alonso Salizanes... después de muerta la venerable madre, (4) reuniendo al efecto á cuantos franciscanos había en España graves, doctos y ejercidos en la discreción de espíritus, duró muchos meses... y se declaró que nada contenía la obra contrario á la fé ó buenas costumbres, etc.»

El P. Torrubia en la 9ª parte de la Crónica de la Seráfica Religión del glorioso Patriarca San Francisco de Asis, dice que: «En Consistorio secreto del 6 de Octubre de 1670 fué preconizado para Obispo de esta iglesia (Puerto Rico) D. Fr. Bartolomé García de Escañuela, franciscano.» Gams en su «Series Episcoporum,» Rastibona 1873, escribe que tomó posesión de ese obispado el 25 de Abril de 1671. [5]

En la obra «Los Hijos de Madrid» tom. I, pág. 168, encontré que el Sr. Escañuela «llevó de confesor y secretario cuando fué de Obispo á Puerto Rico á Fr. Antonio Ezcaray, y después le trajo cuando fué trasladado á Durango; once años le tuvo á su lado.» (6)

El Sr. Lorenzana nos enseña que las Bulas de su traslación á Durango se despacharon el 16 de Noviembre de 1676.

En el Diario del Lic. Robles, se hallan estas noticias:

1676. — Octubre 2, se supo en México que venía «Obispo de Guadiana el de Puerto Rico.»

1677. — Marzo, «juéves 4, se ha dicho hay carta de que llegó la flota de Cádiz, y vinieron tres fragatas de cao de Caracas, y vino en una el Obis-

(3) En la «Biblioteca Universal Franciscana» por Fr. Juan de San Antonio, Madrid 1732 dice este autor que vió las oraciones fúnebres: de Gaspar Medina, impresa en Salamanca por José Gómez en 1666; de Fr. Andrés Antonio de Guadalupe, Comisario, Madrid 1668; de Felipe IV, id.; de Cristóbal Delgado, id. y el panegírico de San Fernando por Juan Fernández Buendía, Madrid 1671.

El Sr. Eguiara menciona la oración fúnebre del M. R. P. Salinazes impresa en 1666 por Gómez, en Salamanca.

(4) Nació en 1602 y falleció en 1665, Diccionario de Historia Geográfica, México 1852.

(5) En el Diario de Robles se lee, que el 1º de Octubre de 1670 se tuvo noticia en México, que el Sr. García de Escañuela había sido nombrado por el rey para el Obispado de Puerto Rico.

[6] En 1681 se publicó en esta el sermón de desagravios á Cristo, predicado por este P. Ezcazay y que dedicó al Sr. Escañuela.

po de Guadiana, D. Fr. Bartolomé García de Escañuela. . . .»

Abril.—«Miércoles 7, entró en esta ciudad el señor Obispo de Guadiana, Escañuela, del orden de San Francisco; posa en el convento de dicha orden: le visitó luego S. E.»

«Juéves Santo, consagró los oleos en la Catedral en la Sala de Cabildo, el señor Obispo Escañuela.»

«Lúnes 19, predicó en la Catedral el señor Obispo de Guadiana, Escañuela; asistió el virrey, Audiencia, Cabildo y todas las religiones; predicó mas de una hora, con admiracion. S. E. le envió de comer y le visitó á la tarde.»

Mayo.—«Sábado 1º, se dedicó la iglesia de Santa María ó Churubusco; la bendijo é hizo la procesion el señor Obispo Escañuela.» (El P. Medina, Crónica de San Diego, lib. I, cáp. VI, núm. 68, tambien lo refiere.)

Junio.—«Juéves 10, se fué el señor Obispo Escañuela á su Obispado en compañía del provincial de San Francisco de Michoacan.»

«Su venida, dice el Sr. Eguiara, mereció el aplauso de los sabios, que al oírle en la Cátedra Sagrada confirmó la opinion que tenían de su consumada doctrina y notables dotes en la oratoria. . . .»

Ninguno de esos sermones, aquí pronunciados, se ha impreso.

«Se consagró á visitar y cuidar su extensa diócesi, de tal modo formó la disciplina eclesiástica, que sus sucesores nada le han cambiado, sino mas bien siguieron sus huellas.» Después dice, que vió inéditos los panegíricos de Santa Rosa de Lima, predicado en su beatificación (7) . . . y el de San Pedro Alcántara, cuando fué canonizado por Clemente IX en 1669.

Beristain añade que tambien escribió: «Constituciones para la Santa Iglesia de la Nueva Vizcaya, aprobadas por el Consejo Supremo de Indias.»

El antes citado Sr. Lorenzana refiere, que el 11 de Agosto de 1677 tomó posesion de la diócesi en su nombre el canónigo Lovera.

El P. Alegre en su Historia de la Compañía de Jesus, libro noveno, nos suministra algunas noticias sobre el gobierno de la diócesi de Nueva Vizcaya por el Sr. Escañuela.

1681.—«Por orden del rey católico D. Carlos II, expedida desde el año de 1677, se trabajaba en Sinaloa en aquel tiempo sobre los preparativos de una espedicion á California á cargo del capitan D. Isidro de Atondo y Antillon. Con esta ocasion, el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Bartolomé de Escañuela, persuadido á que era de su jurisdiccion aquel nuevo descubrimiento, nombró un clérigo por capellan de las embarcaciones, á quien dió título

[7] Clemente IX la beatificó el 12 de Febrero de 1668.

de cura y vicario, asi de la navegacion como de las nuevas poblaciones que allí se fundasen. Intentó tambien su ilustrísima, y efectivamente llegó á enviar otro clérigo introduciéndolo en nuestro mismo colegio para que alternase las semanas con el rector de aquella casa, dándole facultad de nombrar tenientes, y título de vicario provincial para conocer de causas, etc.

«Publicó fuera de eso más de cien constituciones nuevas, obligando á su observancia con penas y censuras dirigidas á despojar enteramente ó á limitar en gran parte las facultades de los misioneros regulares de su diócesi, é inovar el estilo y forma de aquellas cristiandades. La novedad de estos establecimientos habia causado mucha inquietud, y se temían aún más funestos efectos. Para precaverlos despues de las más modestas representaciones, tomó el padre provincial Bernardo Pardo la providencia de ocurrir al Exmo. Sr. [D. Tomás Antonio de la Cerda y Aragon Manrique de Lara, conde de Paredes, Marqués de la Laguna, Virrey desde 1680 á 1681] Representó á S. E. en lo que se perjudicaba notablemente el Patronato Real; que el Sr. Obispo de Durango no podía pretender jurisdiccion ni derecho alguno sobre la California, cuyo título se daba al Sr. Obispo de Guadalajara: que la conversion de aquel país estaba por reales cédulas encargada á la Compañía y aceptada por ella, en cuya ejecucion se habían nombrado misioneros que fuesen al mismo tiempo capellanes y cosmógrafos para la demarcacion de aquellos puestos, en que se escusaban muchos gastos á S. M., y se facilitaba más la conversion que no podía dejar de retardar la concurrencia de un vicario secular, y lo mismo debía decir respectivamente de las otras dos novedades que intentaba el Ilustrísimo.— Pasada esta peticion al Sr. Fiscal D. Martin de Solis Miranda, con su parecer y el del real acuerdo, se despachó real provision de ruego y encargo al Sr. Obispo de Durango para que remitiese al Superior Gobierno todo cuanto hubiese actuado en la materia, ó hiciese recojer los títulos y presentaciones de cura y vicario provincial de dicho, y nominacion ó títulos que hubiese despachado de capellan ó párroco de las naos, y nuevas conversiones de Californias, sin hacer novedad alguna en lo demás, fecho en México á los 27 días de Septiembre de 1681. En el mismo día se despachó mandamiento al almirante D. Isidro Otondo y Antillon para que no permitiese que el capellan nombrado por el Sr. Obispo para las dichas naos, ni el nombrado por cura y vicario provincial de la villa de Sinaloa, tomasen posesion, ni ejerciesen dichos oficios, ni se hiciese novedad alguna en los demás misioneros.»

Mas adelante, pág. 52, trata de

las funestas consecuencias por esta disposicion, sin que el Sr. Escañuela tuviera parte, que como buen hijo de S. Francisco la acató.

El Lic. Robles, mencionado ántes, nos da en su Diario esta última noticia:

1684.—Diciembre. «Lúnes 11, vino nueva de haber muerto el Sr. D. Fr. Bartolomé de Escañuela, Obispo de Guadiana, del orden de San Francisco, á 20 de Noviembre.»

MANUEL HERPST.

Himnos al Sagrado Corazon de Jesus.

Quicumque eorum quideritis. . . .

Los que buscáis solícitos
Consuelo en vuestra pena
Causada por la culpa,
La que de angustia os llena,
O que temeis ¡oh míseros!
Del castigo el rigor:
Venid al inocente,
Cordero immaculado,
Y encontrareis refugio
En su abierto costado,
Pues se ofreció por víctima
Su amante corazon.

Eseuchad las suavísimas
Voces con que os invita,
Los que os abruma el peso
De la culpa maldita,
O de los fieros crímenes
Recuerdo aterrador.
¡Qué cosa habrá más dulce
Que el Corazon amante
De Jesus, que enclavado
Y estando agonizante,
De su verdugo pérfido
Oró por el perdon?

¡Oh Corazon que causas
Delicias celestiales!
Tú, que das esperanza
Segura á los mortales,
Acepta nuestras súplicas
Que á tí venimos ya. . . .
Cura nuestras heridas
Con la sangre que mana
De tu pecho, y concédanos
Tu gracia soberana
Un corazon purísimo
Con que poderte amar.

Summi Parentis Filio.

Eleva tierno cántico
El labio agradecido,
Al Hijo del Eterno
Padre, que bendecido
En El nos diera al Príncipe
De la dichosa paz.

Que traspasado el pecho
De amor con las heridas,
Dejara nuestras almas
En su fuego encendidas,
Haciéndonos partícipes
De su ígnea caridad.

Jesus, del dolor víctima,
¡Quién te impulsó inocente
A presentar el pecho
A la lanza inclemente,
Para que osase, bárbara,
Rasgarlo con furor?
¡Oh fuente de amor ínclito!
De agua raudal hermoso,
Que sofocas la llama
Del pecho delictuoso,
Do el germen de los crímenes
Consumes con tu amor.

¡Oh Corazon deífico!
En tí refugio hallemos

Para que en nuestras almas
La gracia disfrutemos,
Y luego el premio máximo,
El premio celestial.

A tí que el sér tomaste
De Virgen no manchada,
A tí, Jesus, y al Padre
La Gloria sea dada
Con el divino Espíritu
Toda la eternidad.

—
En ut superba criminum . . .

¡Oh soberbia conducta
Del hombre delincuente,
Que á un Dios que sólo es digno
De gratitud ferviente
A herir te atreves impía
Su fino Corazon!

Que son nuestros pecados
Los que el hierro vibrante
Aguzan y dirigen
Al Corazon amante
Del inocente y cándido
Cordero todo amor.

Nació la Iglesia santa
De aquella herida abierta,
Y al Arca semejante
Ofréenos la puerta,
Por donde entrar solícitos
Buscando salvacion.

Fluye tambien la gracia
Cual manantial perenne,
La que por siete cauces
Hasta nosotros viene,
Y cuyas aguas límpidas
Lavan al pecador.

¡Qué ingratitud tan negra,
Qué ingratitud sería
El reincidir adrede
En la maldad impía
De nuevo hiriendo pérfidos
Su tierno Corazon!

Enciéndase en los pechos
De amor el fuego ardiente,
Y tú ¡oh Cristo! y el Padre
Gocen eternamente,
Con el divino Espíritu
Poder, gloria y honor.

—
IGNACIO PEREZ SALAZAR.

Puebla, Agosto de 1897.

SANGRE ROMAÑOLA.

AQUELLA tarde la casa de Federico estaba más tranquila que de costumbre. El padre, que tenía una pequeña tienda de mereería, había ido á Forlí á compras; su madre le acompañaba con Luisita, una niña á quien llevaba para que él médico la viera y le operase el ojo malo. Poco faltaba ya para la media noche. La mujer, que venía á prestar servicio durante el día, se había ido al obscurecer. En la casa no quedaba más que la abuela, con las piernas paralizadas, y Federico, muchacho de trece años. Era una casita sólo con piso bajo, colocada en la carretera y como á un tiro de bala de un pueblo inmediato á Forlí, ciudad de la Romaña, y no tenía á su lado más que otra casa deshabitada, hacía dos meses por el incendio, sobre la cual se veía aún la muestra de una hospedería. Detrás de la casita un huertecillo rodeado de seto vivo, al cual daba una puertecita rústica; la puerta de la tienda, que era también puerta de la casa, se abría sobre la carretera.

Alrededor se extendía la campiña, vastos campos cultivados y plantados de moreras.

Llovía y hacía viento. Federico y la abuela, todavía levantados, estaban en el cuarto donde comían, entre el cual y el huerto había una habitación llena de muebles viejos. Federico había vuelto á casa á las once, despues de pasar fuera muchas horas; la abuela le había esperado con los ojos abiertos, llena de ansiedad, clavada en un sillón de brazos, en el cual solía pasar todo el día y frecuentemente la noche, porque la fatiga no la dejaba respirar estando acostada.

El viento azotaba la lluvia contra los cristales, la noche era obscurísima. Federico había vuelto cansado, lleno de fango, con la chaqueta hecha jirones y con un cardenal en la frente de una pedrada: venía de estar apedreándose con sus compañeros, llegaron á las manos como de costumbre, y por añadidura, jugó y perdió sus cuartos, extraviándosele además la gorra en un foso.

Aun cuando la cocina no estaba iluminada más que por pequeño velón de aceite, colocado en la esquina de una mesa que estaba al lado del sillón, sin embargo, la pobre abuela había visto en seguida en qué estado miserable se encontraba su nieto, y en parte adivinó, en parte le hizo confesar sus diabluras á Federico.

Ella quería con toda su alma al muchacho. Cuando lo supo todo se echó á llorar.

—¡Ah, no!—dijo luego al cabo de largo silencio;—tú no tienes corazón para tu pobre abuela. No tienes corazón cuando de tal modo te aprovechas de la ausencia de tu padre y de tu madre para darme estos disgustos. ¡Todo el día me has dejado sola! No has tenido ni tan siquiera compasión. ¡Mira, Federico! Tú vas por pésimo camino, el cual te conducirá á un fin triste. He visto otros que comenzaron como tú y concluyeron muy mal. Se empieza por marcharse de casa para armar camorra con los demás chicos y jugar los cuartos: luego, poco á poco, de las pedradas se pasa á los navajazos, del juego á otros vicios y de los vicios . . . al hurto.

Federico estaba oyendo, á tres pasos de distancia, apoyado en un arca, con la barba caída sobre el pecho, con el entrecejo arrugado, y todavía caldeado por la ira de la riña. Un mechón de pelo castaño caía sobre su frente, y sus ojos azules estaban inmóviles.

—Del juego al robo—repitió la abuela, que seguía llorando.—Piensa en ello, Federico. Piensa en aquella ignominia de aquí, del pueblo, en aquel Víctor Monzon, que está ahora en la ciudad siendo un vagabundo; que á los veinticuatro años ha estado dos veces en la cárcel y ha hecho morir de sentimiento á aquella pobre

mujer, su madre, á la cual yo conocía, y ha obligado á huir á su padre desesperado á Suiza. Piensa en ese triste sujeto, al cual tu padre se avergüenza de devolver el saludo, que anda en enredos con malvados peores que él, hasta el día que vaya á parar á un presidio. Pues bien; yo le he conocido siendo muchacho, y comenzó como tú. Pienso que llegarás á reducir á tu padre y á tu madre al extremo á que él ha reducido á los suyos.

Federico callaba. En realidad sentía contristado el corazón, pues sus travesuras se derivaban más bien de superabundancia de vida y de audacia que de mala índole; su padre le tenía mal acostumbrado precisamente por esto; porque considerándole capaz en el fondo de los más hermosos sentimientos, y esperando ponerle á prueba de acciones varoniles y generosas, le dejaba rienda suelta, en la confianza de que por sí mismo se haría juicioso. Era, en fin, bueno mejor que malo, pero obstinado y muy difícil, aún cuando estuviese con el corazón oprimido por el arrepentimiento, para dejar escapar de su boca aquellas palabras que nos obligan al perdón: —«¡Sí, he hecho mal, no lo haré más, te lo prometo, perdóname!»—Tenía el alma llena de ternura; pero el orgullo no le consentía que rebose.

—¡Ah, Federico!—continuó la abuela viéndole tan mudo.—¿No tienes ni una palabra de arrepentimiento? ¿No ves á qué estado me encuentro reducida, que me podrían enterrar? No debieras tener corazón para hacerme sufrir, para hacer llorar á la madre de tu madre, tan vieja, con los días contados; á tu pobre abuela, que siempre te ha querido tanto, que noches y noches enteras te mecía en la cuna cuando eras niño de pocos meses y que no comía por entretenerte: ¡tú no sabes! Lo decía siempre:—¡Este será mi último consuelo!—¡Y ahora me haces morir! Daría de buena voluntad la poca vida que me resta por ver que te habías vuelto bueno, obediente, como en aquellos días . . . cuando te llevaba al Santuario. ¿Te acuerdas, Federico; que me llenabas los bolsillos de piedrecitas y hierbas, y yo te volvía á casa en brazos, dormido? Entónces querías mucho á tu pobre abuela; ahora, que estoy paralítica y que necesito de tu cariño, como del aire para respirar, porque no tengo otro en el mundo, una pobre mujer medio muerta . . . ¡Dios mío! . . .

Federico iba á lanzarse hacia su abuela, vencido por la emoción, cuando le pareció oír ligero rumor, cierto rechinar en el cuartito inmediato, aquel que daba sobre el huerto. Pero no comprendió si eran las maderas sacudidas por el viento ú otra cosa.

Puso el oído alerta.

La lluvia azotaba los cristales.

El ruido se repitió. La abuela le oyó también.

—¿Qué es? preguntó turbada después de un momento.

—La lluvia—murmuró el muchacho.

—Por consiguiente, Federico—dijo la vieja enjugándose los ojos:—¿me prometes que serás bueno, que nunca harás llorar á tu abuela?...

La interrumpió nuevamente un ligero ruido.

—¡No parece la lluvia—exclamó palideciendo.—¡Vete á ver!

—Pero añadió en seguida—no, quédate aquí;—y agarró á Federico por la mano.

Ambos dos permanecieron con la respiración en suspenso. No oían sino el ruido de la lluvia.

Luego, ámbos se estremecieron.

Tanto á uno como á otro les había parecido sentir pasos en el cuartito.

—¿Quién anda ahí?—preguntó el muchacho haciendo un esfuerzo.

Nadie respondió.

—¿Quién anda ahí?—volvió á preguntar Federico helado de miedo.

Pero apenas había pronunciado aquellas palabras ámbos lanzaron un grito de terror.

Dos hombres entraron en la habitación: el uno agarró al muchacho y le tapó la boca con la mano; el otro cogió á la abuela por la garganta; el primero dijo:—¡Silencio, si no quieres morir!—El segundo:—¡Calla!—y la amenazó con un cuchillo. Uno y otro llevaban un pañuelo obscuro por la cara con dos agujeros delante de los ojos.

Durante un momento no se oyó más que la entrecortada respiración de los cuatro y el rumor de la lluvia; la vieja apenas podía respirar de fatiga; tenía los ojos fuera de las órbitas.

El que tenía sujeto al chico le dijo al oído:

—¿Dónde tiene tu padre el dinero?

El muchacho respondió con un hilo de voz y dando diente con diente:

—Allá... en el armario.

—Ven conmigo—dijo el hombre.

Le arrastró hasta el cuartito teniendo cogido por el cuello. Allí había una linterna en el suelo.

—¿Dónde está el armario?—preguntó.

El muchacho, sofocado, señaló el armario.

Entonces para estar seguro del muchacho, el hombre lo arrodilló delante del armario, y apretándole el cuello entre sus piernas para poderlo estrangular si gritaba, y teniendo la navaja entre los dientes y la linterna en una mano, sacó del bolsillo con la otra un hierro aguzado que metió en la cerradura, forcejeó, rompió, abrió de par en par las puertas, revolvió furiosamente todo, se llenó las faltriqueras, cerró, volvió á abrir y rebus-

có: luego cogió al muchacho por la nuca, llevándole donde el otro tenía amarrada á la vieja, convulsa, con la cabeza caída y la boca abierta.

Este preguntó en voz baja:—¿Encontraste?

El compañero respondió:—Encontré.

Y añadió:—Mira á la puerta.

El que tenía sujeta á la vieja corrió á la puerta del huerto á ver si se sentía á alguien, y dijo desde el cuartito con voz que pareció un silbido:—Ven.

El que había quedado, y que todavía tenía agarrado á Federico, enseñó el puñal al muchacho y á la vieja, que volvía ya á abrir los ojos, y dijo:—Ni una voz, ó vuelvo atrás y os deguello.

Y les miró fijamente á los dos.

En el mismo momento se oyó á lo lejos, por la carretera, un cántico de muchas voces.

El ladrón volvió rápidamente la cabeza hacia la puerta, y por la violencia del movimiento se le cayó el antifaz.

La vieja lanzó un grito:—¡Monzon!

—¡Maldita!—rugió el ladrón reconocido.—Tienes que morir. Y se volvió con el cuchillo levantado contra la vieja, que quedó desvanecida en el mismo instante.

El asesino descargó el golpe.

Pero con un movimiento rapidísimo, dando un grito desesperado, Federico se había lanzado sobre su abuela y la había cubierto con su cuerpo.

El asesino huyó, empujando la mesa y echando la luz por el suelo, que se apagó.

El muchacho resbaló lentamente de encima de la abuela, cayó de rodillas ante ella, y así permaneció con los brazos rodeándole la cintura y la cabeza apoyada en su seno.

Pasó algún tiempo; todo estaba completamente obscuro; el cántico de los labradores se iba alejando por el campo.

La vieja volvió de su desmayo.

—¡Federico!—llamó con voz apenas perceptible, temblorosa.

—¡Abuela!—respondió el niño.

La vieja hizo un esfuerzo para hablar; pero el terror le paralizaba la lengua.

Estuvo un momento silenciosa, temblando fuertemente.

Luego logró preguntar:

—¿Ya no están?

—No.

—¡No me han matado!—murmuró la vieja con la voz sofocada.

—No... estás salvada—dijo Federico con débil voz.

—Estás salva, querida abuela. Se han llevado el dinero.

Pero padre... había recogido casi todo.

La abuela respiró con fuerza.

—Abuela—dijo Federico de ro-

dillas y apretándole la cintura;—querida abuela... me quieres mucho, ¿verdad?

—¡Oh, Federico! ¡Pobre hijo mío!—respondió aquella, poniéndole las manos sobre la cabeza.—¡Qué espanto debes de haber tenido! ¡Oh, santo Dios misericordioso! Enciende luz... No, quedémonos á oscuras; todavía tengo miedo.

—Abuela—replicó el muchacho—yo siempre os he dado disgustos á todos...

—No, Federico, no digas eso; ya no pienses más en ello, todo lo he olvidado: ¡te quiero tanto!

—Siempre os he dado disgustos—continuó Federico, trabajosamente y con la voz trémula;—pero... os he querido siempre. ¿Me perdonas? Perdóname, abuela.

—Sí, hijo, te perdono; te perdono de corazón. Piensa si no te debo perdonar. Levántate, niño mío. Ya no te reñiré nunca. Levántate, Federico.

—Gracias, abuela—dijo el muchacho, con la voz cada vez más débil.—Ahora... estoy contento. Te acordarás de mí, abuela... ¿no es verdad? Os acordaréis todos siempre de mí... de vuestro Federico.

—¡Federico mío!—exclamó la abuela, maravillada é inclinando la cabeza, como para mirarle la cara.

—Acordaos de mí—murmuró todavía el niño, con la voz que parecía un soplo.—Da un beso á mi madre... á mi padre... á Luisita... Adios, abuelita...

—¡En el nombre del cielo, ¿qué tienes?—gritó la vieja palpando afanosamente al niño en la cabeza, que había caído abandonada á sí misma en sus rodillas; y luego con cuanta voz tenía en su garganta, gritaba desesperadamente:—¡Federico! ¡Federico! ¡Federico! ¡Niño mío! ¡Cielo santo, ayudadme!

Pero Federico ya no respondió. El pequeño héroe, el salvador de la madre de su madre, herido de una cuchillada en el costado, había entregado su hermosa y valiente alma á Dios.

EDMUNDO DE AMICIS.

LA CARIDAD.

Sublime Caridad, que al hombre miras
Con inefable fraternal ternura;
Que no conoces inhumanas iras,
Desden soberbio ni avaricia dura;
Que tienes para todos los errores
Una excusa, un consejo, una enseñanza;
Que tienes para todos los dolores
Un remedio, un suspiro, una esperanza.

Que no preguntas patria ni creencias,
No á cuál deidad el infeliz implora,
O si haciendo más cruda su existencia,
A ningún Dios el infeliz adora.

¡Fuera! ay! nuestros pechos tus altares!
En un eden se convirtiera el suelo.
¡Fuera la musa, tú, de mis cantares!.....
Embebecido los oyera el cielo.

Mas ¿qué importa ni música ni lira,
Ni verso cadencioso y resonante?...
Al corazón tu ardor, tu fuego inspira,
Y con las obras te celebre y cante.

Así te cantan en feliz concierto,
Así te rinden homenaje santo,
Los que al anciano que se arrastra yerto,
Los que al huérfano alivian su quebranto.

Los que no ven, sin enjugarla el lloro,
A la viuda que pide por sus hijos
Y en su hambre defiende su decoro,
Arriba su esperanza y amor fijos.

Los que no temen de zahurda fría
El aire respirar envenenado,
Cuando llevan el pan de cada día
Al que yace, sin pan, allí postrado.

Y el ministro de Dios, que satisfecho
Desciende al espantable calabozo,
Porque del criminal dentro del pecho
Derramará, con el perdón, el gozo.

Y así los que en la catedral y la escuela,
De alabanza eternal merecedores,
Rompen la sombra que á las almas vela
Del bien y la verdad los resplandores.

Y las que son en forma de mujeres,
Ángeles de tu espíritu animados,
Sin más destino, anhelo ni placeres,
Que tus aras, tu gloria y tus dictados.

Esas que sin dormir guardan el sueño
Del niño que sin madre á luz viniera,
Porque no es madre la que airado ceño
Al hijo muestra y le abandona fiera.

Esas que luchan con la peste aciaga,
Y la mano de armiño y dulces ojos,
Al aspecto de horrible, negra llaga,
No apartan con horror ni con enojos.

Las que no asusta ni de Marte impío
El sangrentado acero y dan su vida,
Con labio mudo, con cristiano brío,
Del combatiente por curar la herida.

.....
¡Oh Caridad, más grande que los mares,
Caridad, sol de amor, sol de consuelo:
¡Fueran ¡ay! nuestros pechos tus altares!
A la tierra bajáramos el cielo!

Joaquín del Moral.

UN GENERAL VENTRILOCUO.

(TRADICION.)

EL General D. Antonio Valero, Jefe de Estado Mayor de la división patriota que, en 1825, sitiaba los castillos del Callao defendidos por el tenaz Rodil, valía por su inteligencia, denuedo, actividad y prevision, casi tanto como un ejército.

Pertenecía á esa brillante pléyade de generales jóvenes que realizaron, en la guerra de la Independencia, hazañas dignas de ser cantadas por Píndaro y Homero.

En la época del sitio del Callao, Valero acababa de cumplir veintinueve años, y era el más perfecto tipo del galán caballeresco. Sus compatriotas del ejército de Colombia eran prosaicos y libertinos en asunto de amores. Valero, como Sucre, era un soldado espiritual, de finísimos modales, culto de palabras, respetuoso con la mujer. El entraba en el cuartel, pero el cuartel no entró en él.

En un salón, Valero eclipsaba á todos sus compañeros de campamento por la elegancia y aseo de su uniforme, gallardía de su persona y exquisita amabilidad de su trato. En el campo de batalla, era Valero, como todos los bravos de la patria vieja, un león desencadenado. No hacía más; pero no hacía menos que cualquiera de esas camaradas.

Valero había sido favorecido por la naturaleza con una cualidad, rarísima hoy mismo y que á principios del siglo se consideraba como sobrenatural, maravillosa, diabólica, cualidad de cuya existencia sólo la gente muy ilustrada en el Perú tenía noticia, más ó menos vaga.

El General Valero era... VENTRILOCUO.

Son infinitas las anécdotas de ventrilocuismo que sobre él cuenta la tradición, y la fácil pluma del General colombiano Luis Capella Toledo ha escrito una historia de amor, en que Valero hizo noble uso de esa habilidad ó disposición orgánica para obligar á una joven á que no se apartase del camino del deber.

A un militar de los tiempos que fueron, oí referir que en un banquete se propuso Valero mortificar al General Santa Cruz, pues al trinchar un camaron, éste le dijo con voz lastimera:

—Por amor de Dios, mi General! no me coma usted, que yo soy padre de familia y tengo á quién hacerle falta.

Sorprendido Santa Cruz, dejó el trinche, maravillado de oír hablar á un camaron.

Puede asegurarse que hasta entonces no tenía Santa Cruz la menor idea del fenómeno.

Gracias á esta individual y extraña casualidad, salvó el General Valero de ser fusilado por Rodil.

Refiramos el lance:

El castellano del Real Felipe tuvo aviso de que oficiales patriotas, aprovechando de la niebla nocturna, se aventuraban á penetrar en el Callao, sin duda para concertarse con algunos descontentos y conspiradores. Rodil aumentó las patrullas de ronda, y, efectivamente, consiguió apresar en diversas noches á un oficial y dos soldados. De más está añadir que los envió á podrir tierra.

Era una madrugada: el General Valero, emprendiendo el regreso á su campamento, despues de haber pasado dos horas en conferencia con uno de los capitanes del castillo de San Rafael, iba á penetrar en una callejuela, cuando sintió, por el extremo de ella, el acompasado paso de una patrulla.

¡El audaz patriota estaba irremisiblemente perdido si seguía avanzando, y retroceder le era también imposible! Entónces, ocultando el cuerpo en el umbral de una puerta, apeló á su habilidad de ventrílocuo.

Cada soldado oyó sobre su cabeza, y como si saliera del cañón de su fusil, este grito:

—¡Viva la patria! ¡Mueran los godos!

Los de la ronda, que eran ocho hombres, arrojaron al suelo sus fusiles, á los que se les había metido el demonio, fusiles insurgentes que ha-

bían tenido la desvergüenza de preferir voces subversivas, y echaron á correr poseídos de terror.

Media hora despues, el General Valero llegaba á su campamento riéndose de la aventura, á la vez que dando gracias á Dios por haberlo hecho ventrílocuo.

RICARDO PALMA.

EL ENTRESUELO Y LA BOHARDILLA.

Tuvieron, como es uso entre vecinos, ruda y formal contienda, un entresuelo rico y elegante y una bohardilla estrecha.

—¡Miserable gritaba el entresuelo, ¿sabes por qué galleas? porque mi posición subrir me impide á cortarte la lengua.

Quien descubrir intente lo que vales pregunte lo que cuestas, ó de tus amadores oiga el coro cuando de tí reniegan.

¡Infeliz! un abismo nos divide no de varas, de leguas; yo soy gentil, espléndido, lujoso; tú sucia, humilde y fea.

Calla, pues, y de aquel que te sostiene burlarte no pretendas, que torres que se fundan en el viento el viento se las lleva."

Sonó una carejada en las alturas alegre y desenvuelta, y dijo la bohardilla hacia la calle sacando la cabeza:

—De imbéciles fué siempre darse tono; aprieta, chico, aprieta, que al fin naciste bajo, y de tan bajo los tiros no me llegan.

Tú tendrás cuanto dices, no lo dudo, ruido, anchura, opulencia; yo en cambio tengo luz, y la prefiero á todas tus grandezas.

Del alba en los magníficos celajes mi vista se embelesa, en rededor de mí batiendo el ala los pájaros gorjean."

.....
¡Santa resignación! ¡Qué dulce harías del hombre la existencia, si amenudo no fuesen tus andrajos, disfraz de tu soberbia!

Manuel del Palacio.

MEDITACION.

A la orilla del mar, nocturno y frío, Encerrado entre rocas escarpadas, Hay un joven sombrío

Preguntando á las ondas azuladas: —"Explicadme el enigma de la vida, El secreto fatal no revelado, Que tanto ha atormentado

A cabezas mitradas, A turbantes de seda y pedrería, A tantas calvas frentes, adornadas

Con botones de mil y mil colores; A pálidas cabezas, do bullía El genio con brillantes resplandores.

Decidme, aunque me asombre, Vuestra revelación tan peregrina: ¿Qué significa el hombre?

¿Cuál es su loco afán cuando camina? ¿Cuál el objeto de ilustrar su nombre? ¿Quién habita allá arriba en el espacio? ¿Quién da luz á las pálidas esferas Y para quién se alumbrase ese palacio?"

Dan las olas al aire el ronco acento Que sólo entienden ellas; Huyen las nubes y murmura el viento, Y brillan en la noche las estrellas, Se mece el mar entre la bruma parda, Y un pobre loco la respuesta aguarda.

Jaime Martí Miquel,